

La locura de Nabucodonosor (Daniel 4:1-36)

Dios humilla a los soberbios

El emperador se paseaba por uno de sus maravillosos jardines. Detrás de él caminaban sus ministros y consejeros. Las ropas del emperador eran de colores hermosos y llamativos, con adornos de oro y plata. El monarca era un hombre de mediana edad, alto y fornido. Caminaba con la dignidad de su cargo. Su séquito admiraba su aspecto. Un ayudante llevaba una gran sombrilla para impedir que el sol lastimara su rostro. El monarca se detiene. Mira a la derecha y a la izquierda y dice:

— Yo he engrandecido este reino, yo he vencido a nuestros enemigos, yo he construido sus mejores edificios, yo he transformado a Babilonia en la ciudad más próspera y más hermosa del mundo. Me dicen que los jardines colgantes de nuestra ciudad son tan maravillosos que no hay nada que se les pueda comparar, ni siquiera las pirámides de Egipto.

De pronto algo inesperado sucede. Nabucodonosor siente como si un rayo hubiera caído sobre él. Esa tarde no había nubes ni tormenta. El arrogante emperador prorrumpe en un grito bestial. Todos los cortesanos se alarman. El monarca se agacha y comienza a gatear como si fuera un niño.

— ¡Alteza! — exclama uno de sus ayudantes — ¡Estamos en público!

Mucha gente comienza a mirar extrañada al emperador. Nabucodonosor ha perdido su corona, que ha caído con estrépito al suelo. Uno de los servidores se apresura a recogerla. Esa boca, que momentos antes estaba vanagloriándose de todo lo que había hecho, ahora está flácida. De entre sus labios chorrea la saliva. Sus ojos se mueven inquietos, miran espantados, como si no conocieran nada. Abre sus labios, pero en vez de una voz autoritaria se oye una mezcla de rugido y sonidos ininteligibles. El rey se mueve para todos lados “a cuatro patas” con agilidad felina.

— ¡Majestad! — exclama otro sirviente — ¿Qué le pasa?

— ¡Llévenlo a su dormitorio! — ordena uno de sus ministros.

El monarca se resiste. Cuando finalmente lo colocan en su cámara, rompe todo lo que encuentra. Se comporta como si fuera una bestia. Llamen a los médicos reales, pero ninguno de ellos puede hacer nada, y comienzan a retirarse uno a uno, agitando la cabeza en señal de desesperación. El emperador se escapa por una ventana, y corre y vaga por el campo. Un nuevo gobernante toma el cetro real en forma provisora. Las puertas del palacio se cierran y Nabucodonosor queda afuera como un perro abandonado. Tienen que colocarle un grueso collar de hierro en el cuello y atarlo a un fuerte árbol. En los días siguientes, la situación se agrava. El emperador vive a la intemperie. Cuando llueve, el agua moja su cuerpo. Come pasto como las vacas. Lame agua donde la encuentra, como si fuera un animal. Transcurren semanas y meses, y su cuerpo comienza a cambiar. Las uñas le crecen hasta que parecen púas; el pelo y la barba se le enredan. Después de un tiempo, la gente se acostumbra a verlo así. Ahora camina “a cuatro patas”. Hace movimientos que serían graciosos y ridículos si no fuera porque se trata del hombre más poderoso del imperio. Algunas personas sienten compasión al verlo haciendo estas cosas. Otros se ríen y dicen:

— ¡Quién iba a decir que esa bestia un día fuera emperador!

Hacia exactamente doce meses atrás había tenido un sueño muy extraño: *“Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron” (Dn 4:4-5).*

Quizá trató de encontrar a un “psicoanalista” de aquella época, pero ninguno de ellos pudo interpretar el sueño del monarca. Al final, apareció Daniel, a quien Nabucodonosor llamaba Beltsasar, que le dio la interpretación.

— Alteza, ¿en qué puedo servirlo?

— Beltsasar — responde el monarca —, jefe de los sabios, como entiendo que en ti hay espíritu de los dioses santos y que ningún misterio está escondido de ti, dime las visiones del sueño que he tenido y su interpretación.

— Majestad — responde Daniel —, escucho.

El rey, visiblemente emocionado, esboza una sonrisa al haber encontrado a alguien que le preste atención.

— Yo miraba, y he aquí un árbol en medio de la tierra, cuya altura era grande. Este árbol crecía y se hacía fuerte; su altura llegaba hasta el cielo, y era visible hasta los confines de toda la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante.

El rey se agita. Cada palabra que pronuncia crece en ímpetu y emoción. De pronto, el monarca se detiene. Sus ojos quedan como petrificados. Hay un silencio absoluto en la vasta sala del palacio. Daniel lo mira con toda tranquilidad y le hace una seña para que prosiga. Parecería que en todo esto no hay nada nuevo para Daniel. Por ahora, todo ha sido lindo y positivo. El árbol crecía, era frondoso, lleno de belleza y daba un fruto agradable.

— Pero de pronto — continuó el emperador — aparece ese ser extraño. He aquí un vigilante, uno santo descendía del cielo.

El paisaje cambia bruscamente. Aparecen negros nubarrones y relámpagos. El rostro de Nabucodonosor empalidece. Su voz se hace temblorosa.

— ¿Qué dijo el “vigilante santo”? — pregunta Daniel con calma.

— Beltsasar — responde el emperador —, el vigilante no hablaba con una voz común. Su voz saturó los cielos. Hablaba como para que todo el mundo se enterara.

El rey hace una nueva pausa y continúa. Su voz ahora es grave. Habla muy lentamente.

— El vigilante dijo: *“¡Derribar el árbol y cortad sus ramas, sacudid su follaje, desparramad su fruto!”.*

El rey se da cuenta de que lo que dijo el vigilante es muy serio. Las palabras sugieren conflicto y daño. *“Derribad, cortad, sacudir, desparramad”.*

— Pero eso no es todo lo que dijo: *“Dejad el tronco de sus raíces en la tierra, con atadura de hierro y de bronce, entre el pasto del campo. Que él sea mojado con el rocío del cielo y que con los animales tenga su parte entre la hierba de la tierra”.*

El rey ahora hace una larga pausa. Su mirada muestra angustia y terror. Parece alguien que está aterrorizado porque se ha encontrado inesperadamente con una fiera en un bosque.

En el sueño, el vigilante prosiguió diciendo:

— *“Sea cambiado su corazón de hombre, séale dado un corazón de animal, y pasen sobre él siete tiempos”*. Daniel, ¿qué significa *“séale dado un corazón de animal”*? — exclama el monarca —. ¡Quiero saber qué quiere decir eso de *“sea cambiado su corazón de hombre”*!

El emperador está impaciente. Daniel hace una pausa. Una profunda tristeza cubre su rostro. *“Sus pensamientos lo turbaron” (Dn 4:19)*.

Después de trabajar tantos años con ese soberano, siente estima y respeto por él. Por supuesto, Daniel conoce las muchas impiedades del soberano. Transcurre un largo tiempo en profundo mutismo. Durante ese tiempo, Daniel está recibiendo la revelación de Dios. El sabe que en esa cultura, cuando alguien profetiza la caída del rey, es condenado a muerte. Finalmente, Daniel se pone de pie y comienza a hablar. Lo hace con autoridad. El momento es solemne. Su voz es clara, pero el tono demuestra la tristeza de su corazón.

— ¡Oh señor mío, que el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para tus adversarios! El árbol que viste, eres tú mismo. Es un decreto del Altísimo, que ha caído sobre mi señor el rey.

Dios es quien tiene el poder y la autoridad

Nabucodonosor está acostumbrado a juzgar y a enviar a la muerte, sin vacilar, a personas aun por delitos menores. Pero él ignoraba que había sido juzgado “en ausencia”. No hubo abogado para defenderlo de las atrocidades que había cometido. No había expertos que justificaran su orgullo y soberbia. No había nada en la corte celestial que los excusara por su pecado de creer y adorar a esos monigotes diabólicos que él llamaba “dioses”. Nadie lo había disculpado de su blasfemia de hacerle creer a todos que él regía el mundo y que era omnipotente. La idea que se presenta es la de una corte o un tribunal de justicia. Por supuesto, Dios no necesita de *“vigilantes santos”* o seres angelicales para saber lo que sucede en el planeta tierra. En este tipo de imagen se representa a los vigilantes santos como aquellos que han visto los delitos que el emperador ha cometido, y lo acusan ante la autoridad. Dios se acomodó a la mentalidad de Nabucodonosor para expresarle algo en términos que él pudiera comprender. El rey ignoraba que había sido juzgado y fue encontrado culpable. *“A ti te echarán de entre los hombres, y junto con los animales del campo estará tu morada. Te darán a comer hierba, como a los bueyes, y serás mojado con el rocío del cielo” (Dn 4:25)*. La parte severa del castigo es revelada. El monarca se ha comportado como una bestia, ha actuado como un animal. No ha adorado al Dios verdadero de la misma manera que una bestia no adora al Creador. Por lo tanto, Dios lo sentencia a vivir con las bestias. Nabucodonosor no es más un hombre. Quien lo ve entre los animales, moviéndose como una fiera más, quien lo observe comiendo pasto como una vaca o tomando el agua sucia y maloliente de un estanque con los otros animales, tendría dificultad para creer que se trata de un hombre *“creado a la imagen de Dios”*. El profeta Daniel, en su juventud, sólo había comido vegetales para agradar a Dios (**Dn 1:6**). El emperador es condenado a comer pasto por haber desagradado a Dios. ¡Qué solemnes son las palabras del apóstol Pablo cuando dice: *“Como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, los entregó Dios a una mente reprobada, para hacer lo que no es debido” (Ro 1:28)*. Aquel que estaba en un palacio alimentándose con los manjares más exquisitos del imperio ahora va a comer lo mismo que cualquier vaca. El rey se ha jactado creyendo que ha heredado ese puesto y obtenido ese título por sus propios méritos. Ha ignorado que es Dios quien le ha permitido llegar al trono. El monarca se da cuenta de la severidad de la revelación. Empalidece y comienza a temblar. Pero eso no es todo. El profeta Daniel prosigue y dice:

— *“Siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo es Señor del reino de los hombres y que lo da a quien quiere”.*

Dios está hoy en su trono de la misma manera que lo estuvo hace 2.500 años. El da el reino a quien quiere. Dios se lo advirtió a Nabucodonosor por ese sueño y le dio doce meses más de tiempo para arrepentirse. Ahora está temblando. Trata de hablar y no puede. Está pálido como una hoja de papel. Sabe que el Dios de Daniel puede hacer cosas maravillosas como lo hizo cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego, los tres amigos de Daniel, fueron arrojados al horno de fuego y nada les pasó.

El profeta de Dios dice sus últimas palabras:

— *“Por tanto, oh rey, que te sea grato mi consejo, y rompe con tus pecados mediante la práctica de la justicia, y con tus iniquidades mediante obras de misericordia para con los pobres”.*

A menudo, los reyes tomaban propiedades de sus súbditos para ellos mismos. Daniel le aconseja que redima sus pecados con justicia.

— ¿Y qué pasa — pregunta Nabucodonosor — si yo hago todo esto?

La respuesta de Daniel es:

— *“Tal vez resulte en la prolongación de tu tranquilidad”.*

Daniel hace una profunda reverencia y dice:

— Su alteza, si usted me permite, quisiera retirarme.

El emperador hace una señal de afirmación y el varón de Dios se aleja lentamente.

La cara del soberano muestra distintas expresiones simultáneamente. Por un lado, está enojado con ese Dios de Israel. Por otro lado, tiene miedo porque sabe que el Dios de Daniel pudo proteger a sus siervos aun en el pozo de los leones. El monarca camina nerviosamente en una de las salas del palacio. Sabe que tiene que tomar una decisión. La imagen del vigilante gritando *“derribad el árbol”* le vuelve una y otra vez como un bumerán golpeando su cabeza. Por último, decide dejar la decisión para el día siguiente y esa noche toma más alcohol de lo acostumbrado, pero aun así no puede dormir. Al día siguiente, lo persiguen los pensamientos y la imagen de su siervo Daniel. Resuelve dejar su decisión para la siguiente jornada; después para la otra semana y luego para el próximo mes.

Ha pasado un año entero. El sol va a salir exactamente en el mismo lugar que salió cuando tuvo esa “pesadilla”. Ya casi se ha olvidado de ese sueño. Sus cortesanos lo están acompañando como de costumbre. También están algunos embajadores de lejanos países. Se está paseando por esa terraza amplia del palacio imperial. El rey se detiene y observa el panorama. Sobre el horizonte, hacia cualquier lugar donde se mire, se ven los edificios de esa ciudad maravillosa. Desde allí se ven los “jardines colgantes” que han pasado a la historia como una de las maravillas del mundo.

— ¡Silencio! — dice uno de los asistentes —. Su majestad va a tomar la palabra.

De inmediato se hace silencio. Las personas de la comitiva se quedan como petrificadas porque el emperador va a decir algo. Nabucodonosor se pone en pose para impresionar más.

— *“¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué como residencia real, con la fuerza de mi poder, y para la gloria de mi majestad?”*

Destaquemos sus palabras: *“la ciudad que YO edificué”, “la fuerza de MI poder”, y “la gloria de MI nombre” (Dn 4:30).*

En ese momento cae como herido por un rayo y durante siete años el emperador vive y actúa como una bestia.

Pero este no es el final de la narración. Tiempo después, el emperador se arrepiente y en ese mismo momento le *“fue devuelta la razón”*. Esta es la gracia de Dios. El relato bíblico nos dice que este emperador hizo poner por escrito su experiencia con estas palabras: *“Pero al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y me fue devuelta la razón” (Dn 4:36)*. El tuvo que levantar los ojos al cielo de la misma manera que el hijo pródigo tuvo que volver a la casa de su padre (Lc 15). Luego agrega: *“Entonces bendije al Altísimo; alabé y glorifiqué al que vive para siempre. Porque su señorío es eterno, y su reino de generación en generación” (Dn 4:34)*. Nabucodonosor reconocer que sólo Dios es el Altísimo. Y agrega en su escrito: *“Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada” (Dn 4:35)*. Se da cuenta de que aun él mismo, el emperador del imperio más grande de ese momento, es absolutamente insignificante. Finalmente, declara: *“Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, exalto y glorifico al Rey de los cielos, porque todas sus obras son verdad y sus caminos son justicia. El puede humillar a los que andan con soberbia” (Dn 4:37).*

El emperador ha aprendido que *“antes de la quiebra está el orgullo; y antes de la caída, la altivez de espíritu” (Pr 16:18).*

Dios hace maravillas en la mente de Nabucodonosor

Encuentro, al menos, cuatro hechos sobrenaturales en esta historia:

- Primero, la aparición súbita de un estado demencial psicótico en Nabucodonosor.
- Segundo, la curación súbita de ese mismo estado.
- Tercero, el cumplimiento de la profecía concerniente a la aparición de esa condición anormal psiquiátrica con todos sus pormenores.
- Cuarto, el hecho de que se cumplen todos los detalles de la interpretación de Daniel, incluyendo la restauración del rey en su cargo, cosa muy inusual en ese tipo de sociedad después de largos años de ausencia.

Algunos se preguntarán si este juicio sobre Nabucodonosor no fue demasiado severo. Sabemos que nuestro Dios es absolutamente justo. A veces, nosotros no entendemos sus razones, pero debemos acordarnos que *“como son más altos los cielos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos” (Is 55:9)*. El apóstol Pablo nos da su respuesta: *“Si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Acaso es injusto Dios que da el castigo? (hablo como hombre). ¡De ninguna manera!” (Ro 3:5-6).*

¿Que tiene para decirnos esta historia a nosotros, que vivimos 2.600 años después?

Actualmente, millones de personas pasan por estados de alteración mental debido al consumo de alcohol y drogas. Bajo los efectos peligrosos de estos productos químicos que afectan el cerebro, se cometen serios delitos y aun daño para las vidas de los mismos consumidores. Muchas de estas personas terminan en la cárcel.

Las Escrituras mencionan varias consecuencias visibles en Nabucodonosor mientras estuvo bajo los efectos de su enfermedad:

- Estaba aislado. Dejó de pertenecer a la sociedad en el sentido productivo. Lo mismo sucede hoy con los que se han hecho adictos a las drogas. En forma progresiva, se van separando de la sociedad.
- Estaba mal nutrido. Comía hierba como los bueyes. El pasto, que es un buen alimento para los animales, no lo es para el hombre. Sin duda, tuvo una carencia de proteínas y otras sustancias importantes. Actualmente, muchos se “alimentan” de las hierbas de este mundo por medio del cine y la televisión, que están saturados de crimen, iniquidad y violencia.
- Pasaba las noches en un lugar inadecuado, a la intemperie. Dios instituyó la familia en la que sus integrantes descansan juntos durante la noche. Actualmente, muchas personas pasan hasta altas horas “mojándose con el rocío” de sitios que no son de provecho.
- Estaba descuidado en su presencia personal. Dice el texto bíblico que *“su pelo creció como plumas de águilas” (Dn 4:33)*. Nabucodonosor no había nacido buey ni había nacido águila. Su aspecto era deplorable. Además, estaba descuidado en su aseo personal. Esas manos delicadas que tenía cuando era un niño se habían transformado en algo grotesco, fiero y desagradable. Esas manos creadas para servir a Dios se asemejan a las garras de un ave de rapiña. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (**Gn 1:26**), y aun su aspecto también habla acerca de la naturaleza de su Creador.

Todos le tenemos miedo al cáncer o a las enfermedades cardíacas. Pero las enfermedades psiquiátricas son muy temidas. En esta narración, vemos que el emperador tuvo la responsabilidad de arrepentirse. ¿Puede arrepentirse un hombre que ha llegado al punto de estar convencido de que es un animal? Nabucodonosor lo hizo. La gracia de Dios se manifiesta al darle otra oportunidad.

Por cierto, muchas personas sufren trastornos mentales severos a causa de procesos que aún no conocemos. Sin embargo, muchos de ellos surgen a causa de una vida desordenada y fuera de los propósitos de Dios.

Nuestro Dios tiene un plan muy diferente para nosotros. Por eso, leemos una y otra vez *“el temor del Señor es el principio del conocimiento” (Pr 1:7)*, y que *“nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Co 2:16)*. Y es por esa mentalidad que Jesucristo puede compartir con el creyente profundas verdades espirituales.

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- Dios aborrece la soberbia.
- La caída del soberbio y la exaltación del humilde.
- El arrepentimiento y la gracia de Dios.
- El juicio de Dios sobre las autoridades.

Preguntas para reflexionar y discutir

- ¿Cuáles son las áreas de su vida en las que usted aún no reconoce la autoridad de Dios y maneja a su exclusivo criterio?
- ¿En qué situaciones específicas lo domina su propia soberbia?

- ¿Qué conductas o actividades inapropiadas le producen estados de alteración mental?
- ¿Qué situaciones específicas le produjeron alivio mental?